

LA GÁRGOLA Y EL TREN

Amaro Soladana



EIRENE EDITORIAL

© La gárgola y el tren: Amaro Soladana
Cedido en 2013 para uso no comercial a Eirene Editorial «El club Eirene»

LA GÁRGOLA Y EL TREN

Dice la gárgola al tren:

—Cuando tú llegaste, yo ya peinaba siglos. Apareciste impetuoso, arrogante y con la cabeza llena de humos. Desde lo alto de mi posición de vigía, próxima a tu caminar, me pareciste un monstruo gigantesco y ruidoso que engullías y vomitabas gente por todas las bocas de tu cuerpo, mientras unos hombres alimentaban sin cesar tus fauces de fuego.

»Llegabas y partías en una actividad frenética, mientras yo permanecía estática, anclada y perdida en la majestuosidad del tempo que me sustentaba. Pasabas de largo, como pagado de ti mismo, sin dignarte dirigirme una sola mirada. Aquello hacía que yo me sintiera insignificante, pobre e inútil, mero elemento ornamental de la magnificencia del tempo que me sostiene.

»Consciente de que yo no tengo ni el esplendor de las vidrieras ni la arrogancia de los pináculos, que carezco de la elegancia del arco y del arrojito del arquitrabe, y que estoy lejos de la belleza del capitel y del acabado de las estatuas, mi pobre y única función era la de ser intermediaria entre las aguas del cielo y el polvo de la tierra.

»Siempre había sido así y yo vivía con paciente conformidad mi destino, pero la presencia de tus idas y venidas hicieron que algo se revolviere dentro de mí y desease ardientemente desplegar mis alas de ángel o demonio para seguirte en tu aventura de cada día. Mi aspiración era imposible y recordé aquel verso del poeta: *Ángel con grandes alas de cadenas.*

»Pasaba el tiempo en mi inmutabilidad resignada mientras observaba con envidia la muda incesante de tu piel de serpiente. Conforme modificabas tu aspecto, ibas ganando en belleza de líneas y perdías los humos de tu primera aparatosa presencia. Pronto pasaste a ser un elemento esencia en la vida de los hom-

bres, símbolo de avance y progreso, de presente y futuro, mientras yo parecía quedar anclada en el pasado. Y te convertiste en objeto de inspiración para artistas y pensadores: tu nombre y tu figura comenzaron muy pronto a ser protagonistas inevitables de toda manifestación artística: has brillado en el cine, has iluminado la pintura y has abundado como objeto literario...

»Pese a todo y entre tantas idas y venidas de tu quehacer viajero, siempre bajo mi mirada vigilante y más allá de las diferencias que nos separan, se fueron creando entre nosotros lazos de comprensión y entendimiento. Había algo que nos asemejaba y que, de alguna manera, nos unía: ambos éramos creaciones de la mano y del espíritu del hombre. Frutos por igual de su arte y de su técnica, habíamos sido hechos a su imagen y semejanza, y contemplados conjuntamente veníamos a ser la cara y la cruz de la misma moneda, de aquéllos aspectos esenciales que se funden en la vida humana, pasado y futuro, idealismo y realismo. Es por eso por lo que llegamos a comprender que, lejos de nuestras visibles diferencias, nuestras realidades no se contraponían, sino que se complementaban en la configuración de lo más esencia del humano acontecer: acción y contemplación, cambio y permanencia...

»Yo represento la mirada vertical que navega en lo infinito del espacio y del tiempo, tú, la horizontalidad que acorta distancias y pretende apurar la consumación del devenir. Yo, la serena permanencia, tú, el cambio acelerado. Yo, testigo prolongado de la vida humano, simbolizo la acumulada y serena sabiduría de los siglos, mientras tú configuras el ímpetu juvenil que convulsiona y transforma cuanto le rodea. Viendo la caducidad de todas las cosas, incluso de las más hermosas: *nunca una rosa vio dos primaveras*.

»A veces, siento vergüenza de mi propia inmutabilidad. A ti, en cambio, solo parece guiarte el impulso apremiante de aquel otro poeta: *a fuerza de madrugar, quiero adelantar la aurora*.

»En fin, una vez más, tú te vas y yo permanezco como doble lección constante para los humanos... de querer pasar y saber estar... de desear evolucionar y saber permanecer.

»Ha caído la noche y la iluminación artificial del tiempo —del que yo también formo parte— hace que este fulgure como faro en

el mar proceloso de los tiempos, mientras tú avanzas y te alejas rasgando con tu impulso el misterio del devenir humano.

»Desde la intensidad de la noche y ya en la lejanía, querido tren, aún oigo tu inconfundible y constante caminar.



Estimad@ lectora o lector, te agradecemos haber elegido nuestra compañía. Deseamos que, en estas páginas, hayas encontrado los dones que te ofrece la Diosa Eirene, paz, amor, alegría, y que ellos te acompañen siempre en tu camino.

www.eireneditorial.com